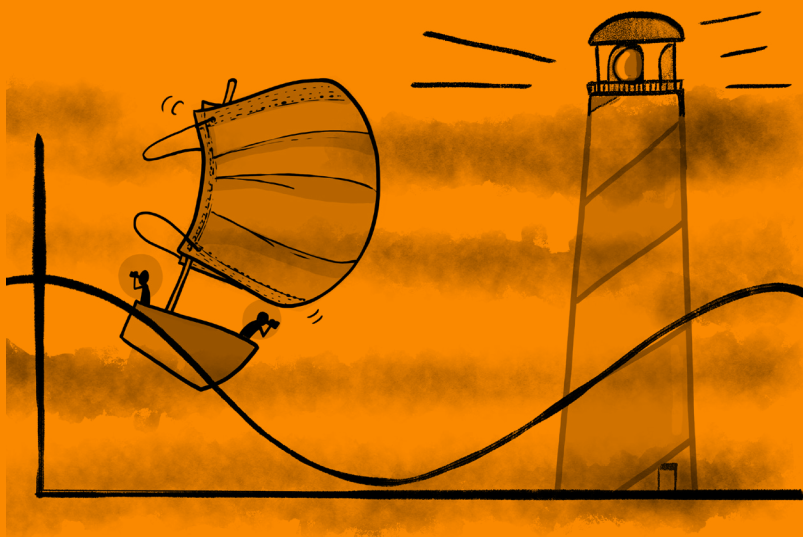


cuadernos

EL *SHOCK* PANDÉMICO



221

Oscar Mateos

Edita: Cristianisme i Justícia
Roger de Llúria, 13
08010 Barcelona
Tel.: 93 317 23 38
E-mail: info@fespinal.com
www.cristianismoyjusticia.net

Imprime: Ediciones Rondas S.L.
Depósito Legal: B 22584-2020
ISBN: 978-84-9730-478-8
ISSN: 0214-6509 - ISSN (virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos
Dibujo de la portada: Roger Torres
Edición: Santi Torres Rocaginé
Corrección del texto: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas
Enero 2021

*A Abril, Biel y Laia, por este intenso tiempo pandémico
compartido y por cada día de nuestras vidas.
A todo el personal sanitario que se ha dejado
literalmente la vida durante la pandemia.*

Oscar Mateos. Doctor en Relaciones Internacionales. Profesor de la Facultad de Comunicación y Relaciones Internacionales Blanquerna-Universitat Ramon Llull. Miembro del Área social de Cristianisme i Justícia. Ha publicado en esta colección: *África, el continente maltratado* (nº. 137), *Cambio de época. ¿Cambio de rumbo?* (nº. 186) y *¿De la «tragedia» al «milagro»? África subsahariana en el nuevo contexto multipolar* (nº. 193).

Protección de datos: Los datos de los destinatarios de la presente comunicación provienen de los ficheros históricos de la Base de Datos General de Administración de la Fundació Lluís Espinal (Cristianisme i Justícia), y se incorporaron con el previo consentimiento de los interesados otorgado, o bien directamente o bien a partir de las relaciones jurídicas mantenidas con la fundación, tal y como se dispone en el artículo 6.2 de la LOPD y el artículo 21 de la LSSI. La finalidad de su conservación es mantener informados a nuestros suscriptores e interesados sobre sus servicios y las actividades que organiza y en las cuales participa. Su información no será cedida a nadie, pero sí que puede ser utilizada en plataformas externas a los sistemas de la fundación para facilitar el envío de los correos electrónicos. Puede completar esta información consultando el aviso legal publicado en la web <https://www.cristianismeijusticia.net/avis-legal>. Por lo que hace referencia a su información, en cualquier momento puede consultar, acceder, rectificar, cancelar, limitar su tratamiento, solicitar la portabilidad de los datos, prohibir las decisiones individuales automatizadas y oponerse, total o parcialmente, a que la Fundació Lluís Espinal conserve los datos, escribiendo al correo electrónico info@fespinal.com, o si lo prefiere, dirigiendo un escrito a la calle Roger de Llúria, n. 13, piso 1º, de Barcelona (08010).

EL *SHOCK* PANDEMICO
SUSTRATO, APRENDIZAJES Y HORIZONTES
DE UNA CRISIS GLOBAL

Oscar Mateos

1. INTRODUCCIÓN	3
2. EL SUSTRATO DE LA PANDEMIA	8
3. APRENDIZAJES DE UNA CRISIS GLOBAL	16
4. HACIA UN NUEVO «CONTRATO SOCIAL»	22
5. CONCLUSIONES	28
NOTAS	29
PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN	31

1. INTRODUCCIÓN¹

«Hemos continuado imperturbables,
pensando en mantenernos siempre
sanos en un mundo enfermo».

Papa Francisco²

La pandemia de la COVID-19 ha generado un *shock* social, político y económico global de consecuencias todavía imprevisibles. Las imágenes tomadas a mediados de marzo de 2020 en numerosas ciudades de todo el mundo de colas de gente en los supermercados, de estanterías vacías de los productos más básicos y de las caras de desconcierto y pánico no pertenecían a ninguna saga de zombis ni a un capítulo de *Black Mirror* o de la fenomenal *Years and Years*. El imaginario distópico del mundo cinematográfico se encarnaba, de manera cruda, casi repentina, e inesperadamente, en la vida cotidiana de buena parte del planeta.

La crisis escenificaba así un acontecimiento global, que sincronizaba realidades dispares y distantes, en diversas latitudes y lugares, aumentando como nunca, señala el politólogo búlgaro, Ivan Krastev, evocando *La Peste* de Albert Camus, «la conciencia de la propia vulnerabilidad y la impotencia para planificar el futuro».³

Sea como fuere, esta sincronía nada tiene que ver con el diferente impacto que la pandemia ha generado. Se da la paradoja, apunta el filósofo Daniel Innerarity, de que un riesgo que nos iguala a todos pone de relieve al mis-

mo tiempo lo desiguales que somos, provoca nuevas desigualdades y pone a prueba nuestro sistema político y económico.⁴ Y es que el impacto de esta crisis no ha sido el mismo para todos: la mortalidad ha sido enormemente más elevada en los barrios más empobrecidos de Nueva York, Dakar, Lima o Barcelona, donde ya la esperanza de vida era más baja que en los barrios con mayor riqueza. El impacto social no ha sido igual en países como Perú, Sudáfrica, India o Brasil, donde las infraestructuras sanitarias ya eran débiles y donde la cobertura sanitaria

universal es prácticamente inexistente. Los efectos de la crisis incrementarán, sostienen las Naciones Unidas, una brecha de género que empujará a otros 47 millones de mujeres y niñas a la extrema pobreza en 2021.⁵

El mundo pre-COVID-19
ya era un mundo
tremendamente duro
y desafiante para
millones de personas.

A pesar de la gravedad de la situación, y de los centenares de miles de fallecidos que la crisis ha generado en tan solo unos meses, y de la enorme dosis de incertidumbre que viene a añadir a un mundo ya hipercomplejo, cabe recordar, no obstante, que el mundo pre-COVID-19 ya era un mundo tremendamente duro y desafiante para millones de personas, de forma cotidiana. Un mundo en el que la malaria y el sida, por citar solo dos de las principales enfermedades actuales, dejaban anualmente casi dos millones de víctimas mortales. Esto pone de manifiesto lo que señala la antropóloga y activista Yayo Herrero cuando nos recuerda que «solo cuando las crisis llegan al corazón del privilegio se denominan *emergencia*, se nombran y se hacen políticamente visibles».⁶ Y ocurre que en pocos meses el mundo, sobre todo los países más ricos, se ha puesto en marcha en la búsqueda de una necesaria vacuna, mientras que una enfermedad como el VIH/sida, que ha dejado en las últimas tres décadas más de 35 millones de víctimas

mortales (gran parte de ellas en el continente africano), hubiera agradecido también una reacción de este tipo. La pandemia, por lo tanto, ha vuelto a corroborar la idea de Judith Butler de que «solo reconocemos ciertas vidas como humanas y reales»⁷ en un mundo que sigue siendo tremendamente racista, clasista y etnocéntrico.

1.1. Ante una doble dificultad

La crisis de la COVID-19, sin embargo, no debe entenderse como un punto de inflexión, sino como un fenómeno ciertamente extraordinario que profundiza y acelera unas dinámicas y unas transformaciones que ya venían configurándose desde los años ochenta con el despegue globalizador en su versión neoliberal, y que, desde la crisis financiera de 2008, se habían manifestado con una mayor virulencia.

La pandemia pone de manifiesto una doble dificultad que ya veníamos experimentando: la dificultad de interpretar el presente y la dificultad de imaginar un futuro esperanzador. Por un lado, lo que hoy para muchos cabe entender como un cisne negro (algo imposible de predecir) se inserta en un contexto de «transición paradigmática», aludiendo a la idea de Boaventura de Sousa Santos, en la que multitud de elementos señalaban ya el deceso de un mundo a la espera del alumbramiento de otro. En ese tránsito adquiriría valor la frase de Mario Benedetti: «Cuando creíamos tener todas las respuestas, de pronto cambiaron todas las preguntas». El problema, seguramente, en ese mundo pre-COVID-19 estaba en que la mayoría de los liderazgos políticos y eco-

nómicos seguían insistiendo en ofrecer respuestas caducas e inservibles, incapaces de ver o de reconocer que muchos interrogantes habían cambiado.

Los interrogantes, en efecto, apuntaban a un mundo de enorme riqueza y desarrollo tecnocientífico, y a la vez obscenamente desigual, precario e incierto para millones de personas; un mundo sacudido por un creciente y compartido malestar global con democracias incapaces de ofrecer cambios reales; y, sobre todo, señalaban la existencia de una crisis ecológica inexorable, con un cronómetro que advertía de la necesidad de adoptar políticas valientes y ambiciosas antes de que los efectos del cambio climático fueran del todo irreversibles. Un mundo roto, de ganadores y perdedores, y enormemente convulso, por la rapidez y la simultaneidad de múltiples transformaciones globales.

A la incapacidad para interpretar el presente se le ha sumado la incapacidad para divisar, imaginar y construir un futuro juntos.

Así, muchos de los fenómenos acontecidos en los últimos años (la llegada de Trump o de Bolsonaro, el Brexit, el impacto de las protestas en Chile, México, España o Estados Unidos...) se percibían a menudo desde una cierta estupefacción y perplejidad, pero no desde una necesaria lucidez para formular nuevos marcos de comprensión y de respuesta. «Los seres humanos –insiste Innerarity– estamos

menos dispuestos a modificar nuestro comportamiento cuanto más alejadas nos parezcan las consecuencias de no hacerlo».⁸ Instalados en el cortoplacismo, los liderazgos políticos han atendido a lo urgente sin detenerse en las respuestas que multitud de situaciones requerían. Víctimas de la ceguera, seguíamos insistiendo en utilizar herramientas, categorías y estrategias para un mundo que se había acabado.

Pero en paralelo a esta dificultad de entender o atender el presente y a esta sensación de desconcierto social y político, ha emergido también una ola de nihilismo social y de pesimismo propenso a augurar el peor de los desenlaces para nuestro planeta y para las futuras generaciones. A la incapacidad para interpretar el presente se le ha sumado así la incapacidad para divisar, imaginar y construir un futuro juntos. Desde la resignación, como la orquesta del Titanic, se ha abrazado cualquier relato distópico, instalándonos en lo que Marina Garcés ha denominado la «condición póstuma»,⁹ una sociedad que aspira solo a sobrevivir y a preguntarse cuánto duraremos, en una suerte de *Game Over*, que hace bueno aquello del filósofo esloveno, Slavoj Žižek, de que nuestro tiempo se caracteriza por una humanidad capaz de imaginar cómo alcanzar otros planetas y a la vez es incapaz de imaginar y construir modelos y formas de vida que superen este capitalismo salvaje.

1.2. El «minuto de lucidez»

Ante esa doble dificultad, este cuaderno pretende ordenar algunos debates que están tratando de arrojar luz ante

este momento de penumbra global. La imagen de estar todos en una gran cueva, con escasa luz, y pisando una roca resbaladiza y peligrosa, nos obliga a la necesidad de abordar ese doble objetivo: el de formular preguntas y elementos de análisis que nos permitan atisbar las causas de fondo, pero también el de elaborar –siguiendo con la metáfora de la cueva– una suerte de «espeleología de la esperanza» capaz de alumbrar cavidades y vericuetos que permitan avanzar hacia posibles salidas.

El cuaderno aboga por una idea, quizás ingenua, también sugerida por otras voces, como la de Yayo Herrero, que proponen entender la pandemia como un fenómeno que nos ofrece un minuto de lucidez: «Que la sociedad vislumbre, al menos durante un instante, la trampa civilizatoria». ¹⁰ O, dicho de otro modo, la posibilidad de que este acontecimiento, simultáneo y global, que estamos viviendo nos lleve a una mayor concienciación social y política, de que no hay horizonte posible sin una superación del modelo actual. La incompatibilidad entre capital y vida, y la necesidad de superar lo que Jason Moore ha llamado *el capitaloceno* (una era caracterizada por la capacidad de las relaciones de acumulación capitalista para generar dinámicas económicas de producción que modifican los ecosistemas) se sitúan, de este modo, en el centro de cualquier reflexión. ¹¹ Esa difícil coexistencia capital-vida discurre en paralelo a un viejo debate que también contrapone la existencia de un capitalismo salvaje a la subsistencia de cualquier proyecto democrático, estableciendo una tríada capital-vida-democracia, que estas páginas aspiran a abordar.

La pandemia ha puesto de relieve todas estas contradicciones y el minuto de lucidez nos permite entender que esta constante huida hacia adelante no tiene sentido alguno: «Plantarle cara a la crisis de civilización exige incidir en sus causas y ser conscientes de las relaciones y vínculos de ecodependencia e interdependencia imprescindibles para sostener una vida digna», explica Yayo Herrero. ¹² «Las crisis sanitarias del siglo XXI no son solo crisis sanitarias», advierten Javier Padilla y Pedro Gullón en el maravilloso ensayo *Epidemiocracia* sobre el impacto de la pandemia. Estas crisis podríamos concebirlas también como «crisis matrioskas», de modo que, como sostienen ambos autores, «la crisis sanitaria está a su vez cubierta por otra crisis de tipo económico y ambas están alojadas dentro de una crisis mucho mayor, que es la ecológica». ¹³

La coyuntura, además, pone sobre la mesa una cuestión temporal: el tiempo del que disponemos para abordar el fondo del asunto no es ilimitado. Desde la evidencia científica se insiste en entender los próximos diez años como un período crucial para revertir y frenar algunos de los efectos climáticos que hoy día empezamos ya a experimentar. La alternativa a un necesario cambio de rumbo es continuar con este viaje global a ninguna parte.

1.3. La estructura del cuaderno

El presente cuaderno se estructura en tres partes. La primera considera que, a pesar de la enorme riqueza, sobre todo financiera, que la globalización neoliberal ha dejado en las últimas tres dé-

cadass, y del proceso de redistribución de la riqueza global que ha supuesto (generando una nueva realidad planetaria con el ascenso de las clases medias asiáticas, sobre todo chinas), la realidad con que la pandemia se ha topado es ya la de un mundo roto y convulso en el que la incompatibilidad entre la tríada capital-vida-democracia es fehaciente y en el que la magnitud, la velocidad y la simultaneidad con la que se producen los cambios hacen más complejo, si cabe, la gestión de toda esta coyuntura. La pandemia, por lo tanto, se sitúa sobre un «sustrato» y se incorpora a un escenario determinado agudizando los problemas de un mundo desigual, plutocrático, polarizado políticamente, atomizado socialmente y medioambientalmente inviable.

La segunda parte del cuaderno ahonda en ese «minuto de lucidez» que nos puede estar ofreciendo la pandemia o, en palabras de Boaventura de Sousa Santos, en tomar en consideración el «potencial pedagógico» que la crisis está teniendo. «¿Seremos capaces de entender lo que la pandemia nos está explicando?», se interroga el sociólogo portugués.¹⁴ En este apartado se analizan los que, a mi modo de ver, pueden ser los principales aprendizajes a tener en cuenta en cualquier debate: a) el trabajo por el bien común y los cuidados son los que sostienen la vida; b) la vulnerabilidad, la empatía y la percepción de límites emergen con fuerza como elementos que contraponen a la actual cultura del exceso; c) la securitización y la militarización son estrategias inocuas, interesadas y contraproducentes;

d) no hay proyecto global sin cooperación ni solidaridad internacional; y, finalmente, e) la aspiración de proteger los bienes públicos y comunes globales debe ser el principal horizonte de referencia.

El tercer y último apartado analiza los diferentes escenarios pospandémicos, sin saber cuál de ellos es el más plausible: el del repliegue y retroceso democrático; el del cambio estético y lampedusiano, pero a todas luces insuficiente para abordar los retos del presente y del futuro, o un tercero, el del impulso hacia nuevas formas alternativas de estar en el planeta que hagan compatible la economía, la vida y la democracia. Precisamente, en el proceso de construcción de alternativas, se analiza el papel de los principales actores globales (Naciones Unidas, G20, Foro Económico de Davos y movimientos altermundialistas), para enfatizar que todos ellos detectan los mismos problemas, pero ofrecen, sin embargo, distintos diagnósticos y, evidentemente, diferentes estrategias de abordaje. El cuaderno finaliza profundizando en la idea, por muchos subrayada en este contexto, de construir un «nuevo contrato social» global, analizando el potencial de algunas propuestas, como la del New Green Deal (NGD) o la de los 17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) de las Naciones Unidas, pero, sobre todo, destacando las condiciones ineludibles que ese contrato necesita para las próximas generaciones y el papel esencial que la sociedad civil y los movimientos sociales deben tener en su articulación.

2. EL SUSTRATO DE LA PANDEMIA

La crisis financiera de Lehman Brothers, en septiembre de 2008, inauguró una etapa extraordinariamente convulsa, que llega hasta nuestros días. El *shock* significó mucho más que la quiebra de una de las más importantes compañías globales de servicios financieros, ya que dejó en carne viva a una globalización con pies de barro, que había generado el salto más portentoso de riqueza en la historia de la humanidad y, a la vez, configurado un mundo enormemente desigual, precario y plutocrático.

La convulsión global que ha sucedido a este acontecimiento (protestas políticas en todo el planeta, hiperliderazgos histriónicos que se hacen con el poder...) ha generado un clima social y político de estupefacción y perplejidad ante la sensación de que hay un mundo, con reminiscencias de la traumática «década de los treinta», que se desmorona ante nuestros ojos. Precisamente, en los últimos años han proliferado un sinfín de voces que han intentado entender qué «sustrato» –siguiendo la idea de *Epidemiocracia*– caracterizaba a esta realidad disruptiva que se había abierto paso.

2.1. Entender el sustrato de la pandemia

La pandemia, señala Daniel Innerarity, nos sitúa no tanto ante un problema «epidemiológico», sino esencialmente «epistemológico».¹⁵ La realidad global anterior a la crisis de la COVID-19 no adolecía de una falta de análisis. Los ensayos, estudios e informes de las principales referencias, *think tanks* e incluso centros de inteligencia asumían la magnitud, complejidad y simultaneidad de las transformaciones que se estaban produciendo. Las advertencias de todo tipo (ecológicas, epidemiológicas, sociales,

políticas...) estaban sobre la mesa. Sin embargo, la inercia cortoplacista de los principales actores políticos y económicos arrastraba a todos a una espiral de la repetición y el olvido, de patada hacia adelante, en la que construir una visión de futuro a generaciones vista, se había convertido en toda una quimera para los que ostentaban el poder. ¿Qué elementos definían entonces toda esa realidad global? ¿De qué formas la crisis de la COVID-19 ha acelerado, modificado o agudizado las dinámicas subyacentes? Existen al menos seis elementos que cabe analizar si queremos entender el sustrato de esa transición entre paradigmas en la que nos encontramos. Todos ellos son la consecuencia de procesos de mayor o menor recorrido que se encuentran, sin embargo, estrechamente interconectados.

Transnacionalidad, complejidad, interdependencia y aceleración

La humanidad lleva siglos globalizándose como tal. Sin embargo, la creciente interconexión e interdependencia de un mundo que se ha convertido en una pequeña «aldea global», por utilizar la célebre expresión del sociólogo McLuhan, ha experimentado una trepidante fase de aceleración tras la caída del Muro de Berlín y como consecuencia de los avances en el plano tecnocientífico. La vida en esta pequeña gran aldea se ha convertido desde entonces en una experiencia crecientemente impregnada de lo digital, afectando no solo el ámbito de lo económico, sino también de lo social, lo cultural y lo personal.

Es un lugar común afirmar que los problemas actuales no entienden de

pasaportes, parafraseando al difunto ex Secretario General de la ONU, Koffi Annan. El viejo mundo de los Estados nación ha quedado desbordado por una dinámica transfronteriza donde las cuestiones teóricamente lejanas tienen un impacto inmediato en nuestras vidas. Eso nos hace enormemente interdependientes y porosos, ciudadanos de una misma realidad global, por mucha resistencia que mostremos. La crisis del ébola en 2014 lo puso de relieve como pocas experiencias lo habían hecho antes: un problema epidemiológico que acontecía en un olvidado rincón de África, y al que con miles de muertos el mundo rico apenas había dado importancia, se convertía en una emergencia de salud global en el momento en que el virus y el pánico viajaban hasta nuestros países. La crisis de la COVID-19 cabe entenderla como la experiencia de transnacionalidad e interdependencia más intensa experimentada hasta ahora. La gripe española de 1918, tan evocada en esta coyuntura, tardó dos años en «globalizarse», mientras que la pandemia actual lo ha hecho en pocas semanas en un mundo donde la movilidad se ha disparado.

Transición geopolítica, nuevos actores globales

La aldea global estaba experimentando una segunda mutación importante. El mundo unipolar e interestatal resultante del final de la Guerra Fría, en el que Estados Unidos se erigía como principal actor hegemónico, estaba dando el relevo a una realidad diferente. Por un lado, paradójicamente, la globalización había impulsado el crecimiento económico de un grupo de países que

iban ganando peso geoeconómico y geopolítico en el mundo actual. Entre todos ellos, China se erigía como el país llamado a protagonizar el siglo XXI, configurando poco a poco un mundo esencialmente bipolar (la multipolaridad todavía parece lejana), en el que Washington y Beijing rivalizaban por ostentar una hegemonía cada vez menos occidental (y sobre todo menos europea). La pandemia ha sido el escenario en el que esa rivalidad, entre acusaciones mutuas, ha podido acelerar el declive estadounidense y ha ensalzado el dominio crecientemente asiático.

Por otro lado, el mundo prepandémico ya no era exclusivamente de los Estados. El papel de actores no estatales (fondos de inversión, agencias de calificación, empresas tecnológicas, *think tanks*, organizaciones filantrópicas como la Fundación Bill & Melinda Gates, empresas de seguridad privada, ONG, movimientos sociales...) dibujaba ya una realidad posestatal, muy asimétrica, en la que los Estados competían con todos estos actores en los procesos de configuración de normas y decisiones internacionales. El errático Acuerdo de París de 2015 sobre el cambio climático, por poner solo un ejemplo, no puede entenderse sin la implicación de muchos de estos actores en las múltiples discusiones durante años. La pandemia también ha demostrado el papel significativo de algunos de ellos, como la industria farmacéutica, si bien también parece haber devuelto al Estado un, quizás efímero, protagonismo en la gestión de los efectos sociales y humanos de la crisis en un contexto de aparente «desglobalización» y de «retorno de lo estatal».

Poder distribuido, gobernanza fragmentada

Las dos condiciones anteriores influían directamente en uno de los elementos clave en las relaciones internacionales. «¿Quién tiene hoy el poder?», se han preguntado numerosos autores en los últimos años. Y es que, en ese crecientemente mundo posoccidental y posestatal, el poder también cambiaba de forma, haciéndose cada vez más poroso, descentralizado y distribuido. Una realidad, sin embargo, muy asimétrica, en la que algunos Estados, algunas empresas y algunas élites transnacionales ostentaban una parte sustancial de la capacidad de influir y de decidir a nivel global, configurando una realidad preocupantemente plutocrática por la preeminencia de unos cuantos actores.

Esa preeminencia ha llevado incluso a figuras como la de Zygmunt Bauman a plantearse la posibilidad de que la globalización haya generado también un divorcio *de facto* entre poder y política.¹⁶ La imagen escogida por el reputado, y ya difunto, sociólogo es de una enorme lucidez porque nos permite ver los diferentes estratos que ambos ámbitos han pasado a ocupar. El poder ya no reside de forma directa en el ámbito de la representación política, sino que se ha trasladado a una esfera no democrática y opaca que acaba influyendo en decisiones que afectan a la gente. Las consecuencias de esta dinámica son funestas. El dibujante El Roto lo llevaba hasta el paroxismo: «Si gobiernan los mercados, ahorrémonos los gobiernos», denunciaba en una de sus viñetas. La falta de contrapoderes a lo financiero se erige así como uno de los principales desafíos contemporáneos.

La emergencia de nuevos actores en el escenario global y la creciente transnacionalidad e interdependencia de nuestros problemas no han venido acompañadas por la articulación de instrumentos globales, eficientes y vinculantes, en lo que el sociólogo Ulrick Bech ha llamado «irresponsabilidad organizada»: se cuenta con el conocimiento científico que informa sobre el riesgo y la incertidumbre, pero se renuncia a la gestión o al aseguramiento colectivo frente a esos riesgos con los recursos, políticas e instituciones necesarios.¹⁷

El poder ya no reside de forma directa en el ámbito de la representación política, sino que se ha trasladado a una esfera no democrática y opaca.

Lo que nos encontramos hoy es una «gobernanza fragmentada», en boca del fallecido internacionalista David Held.¹⁸ Cada problema desata una conversación global, a veces estéril, entre los actores implicados (en el caso de la COVID-19 entre la OMS, los Estados, la industria farmacéutica, etc.) que lleva a soluciones y compromisos parciales, la mayoría de las veces no vinculantes, cuya implementación queda a merced de la buena voluntad de las partes implicadas. La pandemia ha puesto como nunca de relieve ese desajuste entre realidad desafiante y desbordante, y la falta de unos instrumentos eficaces y operativos de gobernanza global. O, dicho de otra manera, ha demostrado la hiperglobalización

de múltiples ámbitos (financiero, comercial, social, cultural...) frente a la subglobalización de lo político.

Incertidumbre social, desafección política

Un cuarto aspecto de ese sustrato global en cambio se sitúa en el plano sociopolítico. La globalización ha facilitado el crecimiento económico de economías otrora conocidas como «subdesarrolladas», como consecuencia de procesos de deslocalización industrial que han hecho que sobre todo los países asiáticos (y, por encima de todos ellos, China) hayan protagonizado un crecimiento económico extraordinario. Las nuevas clases medias asiáticas son la expresión de un mundo en el que la brecha Norte-Sur ya no es tan clara. La «igualación global a la baja» entre sociedades con *expectativas en ascenso* (de mejoras salariales o en derechos laborales) se contraponen a un mundo, el de los llamados «países ricos», con sociedades con *expectativas en descenso*, en el que unas empobrecidas clases medias han ido constatando paulatinamente la pérdida de un estatus fruto de los procesos de la globalización.¹⁹ Este proceso de «desclasamiento» lo aborda de forma brillante el geógrafo francés, Christophe Guilluy, en su ensayo *No Society*. Para Guilluy, la globalización ha implicado la regresión no solo social, sino también cultural, de la tradicional clase media occidental. La idea de la «no sociedad» habla de una sociedad rota, cuya estructura social y cultural se ha polarizado, haciendo inviable cualquier contrato social.²⁰

Cabe subrayar, sin embargo, que esta contraposición (ascenso-descen-

so) no debe ocultar una misma experiencia compartida por ambas realidades: la de la precariedad laboral y la incertidumbre vital. Para el profesor de la Universidad de Londres (SOAS), Guy Standing, el «precariado global» es ese nuevo sujeto heterogéneo (inmigrantes, familias «monomarentales», trabajadores infracualificados y sobrecualificados...), sin conciencia alguna de clase, «sino en guerra consigo mismo», como suele aducir, marcado a fuego por la vulnerabilidad, la «intemperie laboral» y la falta de apoyo comunitario en tiempos de necesidad. Lejos de ser el resultado casi inevitable de la globalización, Standing insiste en entenderlo como la victoria política de un proyecto neoliberal que ha ido deconstruyendo política y culturalmente los pilares del viejo mundo keynesiano.²¹

La pandemia ha evidenciado esta fractura social, como ya se ha señalado con anterioridad. La crisis ha impactado en sociedades muy precarizadas, en las que las estructuras de lo público y el tejido comunitario se encontraban terriblemente mermadas por años de neoliberalismo. La filósofa e intelectual feminista Nancy Fraser también nos invita a pensar esa realidad desde la existencia de una «crisis de cuidados» subyacente: «El capitalismo financiarizado ha reducido los salarios reales, aumentando así el número de horas de trabajo remunerado que cada hogar necesita para sostener a la familia y provocando una desesperada pelea por transferir el trabajo de cuidados a otros», en un espiral de transferencia de cuidados y precarización.²²

La desafección política ha emergido como una consecuencia de este pa-

norama, y no al revés. Dicha desafección no solo se nutre de la percepción social de que los sistemas democráticos son hoy día incapaces de mejorar las vidas de las personas (divorcio entre poder y política), sino también por la constatación de que la vida se ha convertido, también en las sociedades occidentales, en una experiencia impregnada de incertidumbre y desasosiego. En el contexto de pandemia se ha producido un debate sobre el devenir de las democracias. La aparente mejor gestión que algunos regímenes autoritarios han hecho, tal y como se ha planteado en algunos debates, puede llevar a algunas personas a plantearse si la democracia es necesaria dadas las circunstancias actuales.

Crisis climática, crisis de civilización

El confinamiento nos ha situado en un sorprendente debate: ¿Y si el planeta y el resto de seres vivos vivían y respiraban mejor sin nosotros? ¿Y si la especie humana es, de hecho, el principal virus? Más allá de las imágenes de cielos más claros o de animales recuperando espacios perdidos por la acción humana, entrar en ese debate no nos lleva a ningún sitio. La Premio Nobel de Economía, Elinor Ostrom, demostró con su trabajo sobre la gobernanza de los bienes comunales cómo la historia de la humanidad ofrece múltiples ejemplos de una gestión sostenible, horizontal y democrática de sus recursos naturales. La crisis climática no tiene que ver con la especie humana ni con una suerte de fatalidad genética, sino con un modelo de consumo y de producción que no es universalizable. «¡Es el modelo, estúpido!», cabría re-

cordar parafraseando al que fuera asesor de Bill Clinton, James Carville.

Dos grandes problemas se ciernen sobre el intento de superar este sistema «perverso», tal y como el papa Francisco lo calificó en la célebre encíclica *Laudato si'*. Un primer problema es político: necesitamos en un tiempo récord decisiones y cambios políticos que logren un funcionamiento económico respetuoso con los límites del planeta. En una realidad caracterizada por el cortoplacismo resulta difícil encontrar liderazgos audaces que se atrevan a encauzar esa transformación urgente. Un segundo problema es cultural: la minoría global, un 15 por ciento del planeta, que ostentamos un modelo de consumo que produce el 90 por ciento del impacto ecológico, debe deconstruir con urgencia una cultura del exceso y del consumismo que el mismo sistema necesita para retroalimentarse.

El consumismo despolitiza
y desmoviliza, y nos
convierte en individuos sin
conciencia de comunidad
ni de proyecto colectivo.

El filósofo francés Bruno Latour ha advertido, en un escrito que ha logrado una gran viralidad, que la pandemia no es sino el «ensayo general» de lo que está por venir, una primera consecuencia de una crisis ecológica que acaba de empezar.²³ Si como humanidad no somos política, social, cultural y económicamente capaces de superar este modelo en los próximos años, la rea-

lidad a medio plazo va a ser la de un mundo que deberá acostumbrarse a gestionar los efectos inciertos de una crisis de civilización.

Atomización social, crisis de valores

El último de los seis elementos analizados que se han ido incubando en las últimas décadas es precisamente el que tiene un carácter más cultural. Nuevamente, Bauman sintetiza de forma excelente la mutación que se ha producido cuando considera que en la globalización actual hemos pasado de ser ciudadanos a consumidores. Ese tránsito es de una enorme trascendencia. La ciudadanía depende de personas y comunidades políticamente implicadas en los asuntos públicos y que miran por el bien común. El consumismo despolitiza y desmoviliza, y nos convierte en individuos sin conciencia de comunidad ni de proyecto colectivo. En ese contexto se ha insertado de forma acelerada un «hedonismo digital» que refuerza esa dimensión superficial, hura y atomizada de nuestra sociedad.

La *Laudato si'* dibuja una suerte de «contravalores» gestados en este contexto de capitalismo desenfrenado en el que «la obsesión del crecimiento ilimitado, el consumismo, la tecnocracia, el dominio absoluto de las finanzas y la divinización del mercado» son los elementos centrales.²⁴ Y es que, para Nancy Fraser, «hay algo podrido no solo en la actual forma financiarizada del capitalismo, sino en la sociedad capitalista *per se*».²⁵ Por ello, el papa Francisco aboga por una «cultura ecológica», «una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad

que conformen una resistencia» ante el avance de la realidad actual.²⁶

Los primeros compases de la crisis por la COVID-19 escenificaron una efervescente solidaridad comunitaria –a veces en forma de catarsis– ante un problema que, aunque de forma muy desigual, afectaba al conjunto del planeta. A nivel estatal, y como sucediera tras las movilizaciones del 15-M en 2011, las iniciativas de apoyo mutuo en barrios y pueblos se sucedieron, poniendo de relieve que hay sectores de la sociedad que hace tiempo que resisten y se organizan contra una cultura del consumo y del egoísmo.

2.2. Una encrucijada de múltiples crisis

¿Qué instrumentos necesitamos para abordar, gobernar y transformar problemas de naturaleza compleja, transnacional e interdependiente? ¿Cómo rebajamos la preponderancia del poder financiero sobre el poder político democrático? ¿Qué es necesario para ofrecer horizontes de vida estables y dignos para una mayoría social? ¿Cómo hacemos compatible un modelo de producción y consumo con la vida del planeta? ¿Cómo contrarrestamos la preponderancia de un modelo cultural individualista y construimos un proyecto en común?

Las preguntas resultantes de ese escenario pre-COVID-19 ya eran de una trascendencia y una magnitud tales que configuraban una «encrucijada crítica».²⁷ Otros períodos de la historia han sido largos períodos de parto, de tránsito entre épocas, pero ninguno como este había reunido tan-

tas variables de forma simultánea, de una envergadura y una complejidad tan relevantes, y con una capacidad de aceleración tan significativa. Como señalábamos, los efectos de este cataclismo global muchas veces se manifestaron en forma de perplejidad y estupefacción; otras, articulando decisiones y cambios insuficientes o inadecuados para el tamaño de los problemas. La crisis de la COVID-19 es la síntesis de esa situación de cambio y desconcierto, que nos devuelve al principio de realidad de forma brusca y, para muchos de los que no sufren de forma directa las consecuencias de estos problemas globales, inesperada.

En los últimos años, especialmente desde las llamadas «primaveras árabes» que empezaron en diciembre del 2010, hemos presenciado una ola de «malestar global» con pocos precedentes y que no se ha interrumpido desde entonces (España, Brasil, Estados Unidos, Sudán, Senegal, Chile, Ecuador, Hong Kong...). Aunque por motivos aparentemente locales (represión policial, aumento de los precios básicos...), todas estas movilizaciones convergían en dos aspectos principales: la incapacidad de sus instituciones y sistemas por ofrecer respuestas democráticas a sus demandas políticas, sociales y vitales, y la denuncia de una realidad social cada vez más desigual e injusta. En parte, las protestas eran la reacción de ese «precariado global» que, sin ser un sujeto político reconocido en sí mismo, manifestaba su profundo enfado con el rumbo y la deriva de sus respectivos países. Con un discurso emancipador y transformador, o, por el contrario, con una narrativa xenófoba, nacionalista y de repliegue, la

ola de protestas, a izquierda y derecha, eran el síntoma de un mundo con las costuras rotas.

En medio de ese contexto de múltiples crisis (de respuestas, ética, institucional, de sentido...), subyacen, por lo tanto, tres grandes crisis:

- una democrática, evidenciada por el divorcio poder-política, pero también por el repliegue populista de tantos movimientos xenófobos y de extrema derecha que han llegado al poder o que lo influyen directamente, y que ha provocado la regresión democrática más importante de las últimas tres décadas;²⁸
- una social, por encontrarnos en el momento de mayor desigualdad del planeta, de concentración de la riqueza en pocas manos (Oxfam asegura que 26 personas ostentan la misma riqueza que la mitad de la población mundial) y de creciente precarización social y laboral;²⁹
- y una ecológica, fruto de un modelo de consumo y de producción inviable e insostenible, y que está llevando al planeta al colapso de sus ecosistemas.

Un modelo que pone de relieve la incompatibilidad entre este «capitalismo del desastre», en expresión de la politóloga Naomi Klein, y la democracia y la vida. Por un lado, la generación de enormes desigualdades y la precarización de la vida de una mayoría social pone contra las cuerdas al modelo de democracia representativa

y evidencia la incompatibilidad existente entre esta manera de entender el desarrollo económico y la democracia en sí misma. Por otro lado, revela que el desarrollo que ostenta una parte minoritaria del planeta —muchas veces a costa de la mayoría— va en contra de la propia subsistencia humana, con la consolidación de una manera de producir y consumir inviables. Cualquier contrato social de futuro debe hacer posible la coexistencia entre la economía (del griego *oikos*, «administración de la casa»), la democracia y una vida digna y con sentido como elementos de una tríada que debería ser indisociable, pero que en la actualidad se ha convertido en incompatible.

Este diagnóstico estaba ya en la base del discurso del altermundialismo de finales de los noventa y principios del nuevo milenio. El «Otro mundo es posible» apelaba ya a entender el actual *modus operandi* como un modelo social y ecológicamente inviable, y articulaba propuestas que aspiraban a pensar alternativas en un contexto en el que el capitalismo no tiene alternativa en sí mismo. El Foro Social Mundial, espacio en el que este altermundialismo se articuló, se ha ido desvaneciendo fruto de divisiones internas y de la pérdida de relevancia mediática. Sea como fuere, la articulación de un movimiento civil de carácter global que abandere las diferentes luchas por la equidad, la visibilización de los cuidados o de los derechos sociales y del planeta es hoy día más urgente que nunca.

3. APRENDIZAJES DE UNA CRISIS GLOBAL

Entender los elementos que subyacen en este complejo y enrevesado escenario global que acabamos de presentar se convierte, como hemos señalado, en un objetivo principal. Por otra parte, la pandemia, como acontecimiento extraordinario, ha supuesto una experiencia intensa que nos interpela y nos invita a tomar conciencia y a pensar lo esencial y fundamental de esta coyuntura, el «minuto de lucidez» que señala Yayo Herrero y el «potencial pedagógico» de la crisis que apunta Boaventura de Sousa Santos.

3.1. Una conversación global

Krastev, por su parte, señala un hecho relevante en relación a la pandemia y a la etapa de confinamiento: «Las personas del mundo entero hemos tenido la misma conversación y compartido los mismos miedos, hemos experimentado lo que de verdad significa vivir en el mismo mundo». ³⁰ Así, han aparecido reflexiones que han llamado a interpretar la profundidad de la crisis. Si Latour llamaba a entender la pandemia como el «ensayo general» o el «prólogo» de la crisis ecológica, Inger Andersen, directora general del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP), lo interpretaba

como «un mensaje de la naturaleza», ³¹ mientras que el expresidente de Uruguay, Pepe Mujica, hacía lo mismo asegurando que era «una advertencia a los *sapiens*». ³² Por su parte, el papa Francisco lo consideraba en una de sus homilias de aquella Semana Santa de 2020 como «una llamada a la conversión» personal y colectiva.

Las reflexiones durante ese período han sido de gran calado, configurando de forma indirecta, y a veces directa, una conversación global sobre el estado actual de nuestro mundo y sobre su rumbo y devenir. ¿Qué nos dice la pandemia sobre nosotros mismos, sobre nuestra forma de estar en el planeta, sobre nuestra forma de organizar-

nos política y económicamente? ¿Qué pone en valor y qué deja en evidencia? ¿Cómo dialoga con los problemas de fondo preexistentes y qué responde a los interrogantes planteados? Estas pueden ser algunas de las cuestiones que subyacen en muchas de las contribuciones de dicha conversación.

En ese entender la pandemia como una interpelación ante la que hay que detenerse y pensar, destaca la idea de Daniel Innerarity de que «las crisis solo enseñan a quien estaba en disposición de aprender».³³

3.2. Cinco posibles lecciones

Javier Padilla y Pedro Gullón plantean de forma lúcida en su ensayo sobre la pandemia que «las epidemias han acompañado y performado nuestra realidad social y política desde hace siglos, constituyendo un lugar privilegiado desde el que analizar la intersección entre la medicina, la política y la economía».³⁴ La particularidad del momento que el planeta atraviesa (aceleración, simultaneidad de crisis...) enfatiza más si cabe la interacción que sugieren ambos autores.

La crisis de la COVID-19 nos deja al menos cinco aspectos sobre los que hay que prestar una especial atención. Son elementos que arrojan luz sobre el hacia dónde, el qué hacer y cómo hacerlo.

El trabajo por el bien común y por los cuidados sostiene la vida

Un primer aspecto que la pandemia ha puesto de relieve desde el primer instante es que el papel de lo público y los trabajos relacionados con el cuida-

do (personal sanitario, trabajadores y trabajadoras de servicios, trabajadoras domésticas...) son fundamentales para sostener los pilares más importantes de nuestras vidas. Los cuidados, que comprenden tanto trabajo afectivo como material y a menudo se realizan sin remuneración o son infrarremunerados, son indispensables para la sociedad, recuerda Nancy Fraser. Los aplausos al final del día en pleno confinamiento así lo reconocían.

Esto que puede parecer casi una obviedad ha sido enormemente cuestionado, en el caso de sectores públicos como la sanidad o la educación, o invisibilizado, en el caso de los cuidados. La inercia mercantilizadora y privatizadora del proyecto neoliberal ha logrado, en el caso de las sociedades del bienestar, mermar los recursos destinados a determinados sectores públicos, pilares fundamentales de la cohesión social y de cualquier proyecto que tenga como horizonte una cierta equidad. Las mal llamadas *políticas de austeridad* han erosionado directamente ámbitos que afectan la vida y la dignidad de las personas. En el caso de los países latinoamericanos o africanos la situación es mucho peor. El Consenso de Washington, impulsado por las instituciones financieras internacionales desde finales de los ochenta y basado en la privatización y la desregulación, ya había condicionado el devenir de unos estados vaciados de toda posibilidad de construir un sector público robusto y que ha dependido a menudo de la actuación privada o de la cooperación internacional. La reconstrucción de cualquier contrato social pasa, por lo tanto, por fortalecer y poner en valor estos ámbitos.

Para Henry Giroux, pionero de la pedagogía crítica, la conclusión es evidente: «La primera lección [de la pandemia] es que un sistema político social construido sobre la codicia, el beneficio, la mercantilización y la privatización de todo no puede abordar una crisis de esta magnitud».³⁵ Para el profesor estadounidense es importante entender que no estamos bregando solo ante una crisis sanitaria, sino también ante una crisis política e ideológica, tal y como señalábamos anteriormente.

Nuestra vida se ha
llenado de privilegios y
necesidades creadas que
tienen un coste ecológico
y humano extraordinario.

A este respecto, llama la atención la reflexión hecha por el mismísimo presidente francés, Emmanuel Macron: «Lo que ha revelado ya esta pandemia es que la sanidad universal, independientemente de los ingresos, los antecedentes o la profesión y nuestro estado del bienestar, no son costes o cargas sino bienes preciados, activos indispensables..., que hay bienes y servicios que deben ser puestos fuera de las leyes del mercado. Delegar nuestra alimentación, nuestra protección, nuestra capacidad de cuidar nuestras condiciones de vida en otros es, en el fondo, una locura. Debemos recuperar el control».³⁶ Desmercantilizar, impulsar y proteger los ámbitos esenciales para vivir en dignidad y equidad; por lo tanto, se convierte en una lección esencial que no debemos olvidar.

Vulnerabilidad, empatía y percepción de límites

Existe un segundo aprendizaje o constatación que interpela de forma primordial a las sociedades del Norte global. Cuando desde nuestros medios de comunicación o reflexiones académicas se afirma que la pandemia ha sido una experiencia de «vulnerabilidad compartida», se olvida que millones de personas viven en la intemperie y en una situación de fragilidad y vulnerabilidad de forma sistemática. Son personas y sociedades que, además, desarrollan estrategias de afrontamiento y cultivan la resiliencia como una práctica cotidiana.

Esta visión que pone nuestra experiencia en el centro es resultado de una cultura etnocéntrica y racista que adolece de perspectiva histórica y global. Nuestro modelo de vida, que es fruto de luchas y conquistas sociales de muchos colectivos (movimiento obrero, feminismo, pacifismo...) en cuanto a derechos civiles y humanos se refiere, ostenta también un nivel de vida que no sería posible sin la posición subalterna que otros territorios del Sur global han jugado en el «desarrollo económico» del Norte global. El impulso de la Revolución Industrial y de las burguesías europeas durante el siglo XIX no puede explicarse sin una dinámica de explotación de muchos pueblos y personas. Cuando miramos con condescendencia determinadas realidades de pobreza o miseria, deberíamos ser conscientes también de cuál ha sido y es nuestro papel y responsabilidad en ese tipo de situaciones.

La cultura del exceso y del consumismo desenfrenado se ha convertido

en una cultura global, pero siguen siendo muy pocos los que la ostentan de forma plena y descarada. La «huella ecológica»³⁷ de África, por ejemplo, sigue siendo diez veces menor que la de Estados Unidos o seis veces menor que la del conjunto de Europa. Para establecer un diagnóstico ecuánime, necesitamos recordar que nuestra vida se ha llenado de privilegios y necesidades creadas que tienen un coste ecológico y humano extraordinario. Para Marina Garcés, más que demostrar la fragilidad del sistema, la pandemia ha revelado la desigualdad y la violencia social sobre la cual descansa nuestra «normalidad».³⁸

La crisis, sin embargo, ofrece una triple oportunidad. Primero, la posibilidad de desarrollar una mayor empatía con las realidades castigadas sistemáticamente por la injusticia y la pobreza en un sistema global que sigue desposeyendo a muchos para que unos pocos vivan de forma ostentosa. Pero también con aquellas realidades dentro de nuestros contextos cada vez más castigadas por la incertidumbre laboral y vital, y por una precariedad que lo impregna todo. Segundo, debemos deconstruir y confrontar esta cultura del exceso que nos lleva a un callejón sin salida. La «civilización de la pobreza», de la que hablaba Ignacio Ellacuría, nos invita a resignificar la idea de «sobriedad compartida» en un planeta que necesita, precisamente, que repensemos nuestros hábitos de consumo y que pongamos límites a nuestros deseos de acumular.

Finalmente, y fruto de esa «crisis de atención» que la era digital ha comportado y, de la que habla el ensayista Yoval Noah Harari, la pandemia tam-

bién nos ofrece la posibilidad de reconectar con nosotros mismos.³⁹ La «resistencia íntima», aludiendo a la obra magistral del filósofo catalán Josep Maria Esquirol, es esa resistencia que quiere dar valor a lo pequeño, a lo lento y a lo inapreciable ante una dinámica de la aceleración y de la prisa apabullante.⁴⁰ En palabras de Judith Butler: «La pandemia nos da la oportunidad de entendernos a nosotros mismos como más conectados. Respiramos los unos con los otros; tocamos las superficies tocadas por otros; nos frotamos con extraños. Cantamos juntos; nos dirigimos unos a otros con esta misma voz. Como criaturas encarnadas, los humanos dependen unos de otros; sus cuerpos son porosos y comparten un mundo común de aire, agua y superficie».⁴¹

La «securitización» como parte del problema

«Las epidemias infectan de miedo a la sociedad», nos recuerda Iván Krastev.⁴² Sin embargo, el miedo y la inseguridad han venido nutriendo los discursos globales en los últimos tiempos, especialmente desde el 11 de septiembre de 2001. La respuesta a las «amenazas a la seguridad» han sido crecientemente estrategias de securitización⁴³ y militarización. En lugar de entender y abordar los elementos de fondo del terrorismo internacional (pobreza, desigualdades...) o de fenómenos como el migratorio, la reacción en muchos países ha sido la de incrementar el presupuesto armamentístico o bien la construcción de bases militares o de muros y la colocación de concertinas.

El mundo occidental, sobre todo, ha apostado por contener sus amenazas

en lugar de transformar las causas de fondo, pensando que eso podía ser una posible solución cuando en realidad ha venido a acrecentar el problema. La idea de Giorgio Agamben, popularizada durante la pandemia, de que el «estado de excepción» podría convertirse a partir de ahora en el paradigma normal de gobierno (por las normas adoptadas en época de pandemia), no es nada nuevo si se tiene en cuenta el repliegue en derechos civiles que muchos países han sufrido en los últimos años bajo la coartada de obtener una mayor seguridad ante la emergencia de nuevos miedos e inseguridades.⁴⁴

El mundo occidental, sobre todo, ha apostado por contener sus amenazas en lugar de transformar las causas de fondo.

Paradójicamente, en un mundo globalizado e hiperconectado, y a la vez en pleno repliegue nacional y de derechos, las fronteras también se han convertido hoy día en una trinchera de guerra. Esa «frontera descarada», utilizando la expresión de la analista Blanca Garcés⁴⁵ ha llevado a los gobiernos occidentales, y a actores como la UE, a sacrificar abiertamente el derecho a la vida y los derechos más fundamentales de las poblaciones migradas y refugiadas en los últimos años. A finales de julio de 2020, un nuevo escándalo se filtraba en algunos medios de comunicación: decenas de refugiados eran abandonados por el gobierno griego en tiendas flotantes a la espera de que los

guardacostas turcos los devolvieran a Turquía, en el enésimo ejemplo de una Europa desnortada.

La pandemia ha reforzado ese miedo colectivo, en manos muchas veces de dirigentes irresponsables que lo han avivado para mantenerse en el poder, convirtiendo la incertidumbre en una poderosa herramienta de control y dominio. La realidad, sin embargo, se impone, y desde el sentido común, pero también desde la evidencia científica se insiste en subrayar que la seguridad que necesitamos no es una «seguridad militar», sino una «seguridad humana» basada en la equidad, la dignidad y el respeto de los límites del planeta. La vida digna y la democracia, apuntábamos antes, no serán posibles sin una forma de organización social, política y económica que tenga en cuenta estos elementos.

Cooperación, solidaridad y diversidad para un nuevo proyecto global

Voces como la del reputado politólogo Francis Fukuyama o la del profesor de Oxford Will Hutton coinciden en señalar que la gran lección de la pandemia es constatar la necesidad de cooperación en un mundo profundamente interdependiente. Los grandes problemas que afectan a la humanidad tienen una naturaleza indiscutiblemente transnacional para los que los Estados u otros actores con base nacional no disponen de los recursos ni de la capacidad adecuada para abordarlos.

No obstante, la pandemia ha llegado, precisamente, en medio de una crisis del multilateralismo sin precedentes en los últimos ochenta años. De la euforia que supuso en diciembre de 2015

la aprobación por parte de Estados Unidos y de China –los dos principales contaminadores– de un acuerdo que consolidaba una serie de compromisos bastante ambiciosos respecto a la crisis climática, hemos pasado a un cuestionamiento de la cooperación entre Estados y actores, fruto del momento de repliegue político que vivimos, hasta el punto que en los primeros compases de la pandemia, Trump decidía retirarse de la Organización Mundial de la Salud (OMS) acusándola de favorecer los intereses de China.

Comoquiera, el orden liberal internacional ya venía siendo cuestionado por esa geopolítica en mutación que hemos analizado. Las organizaciones internacionales, herederas de un tiempo histórico determinado (mitad del siglo XX), son todavía el reflejo de la hegemonía de los países occidentales, cuando el contexto actual se caracteriza justamente por la emergencia de algunos países del Sur y por su aspiración a participar más activamente en las decisiones globales.

En ese proceso de reajuste, sin embargo, cualquier sistema multilateral deberá también contemplar una mirada diferente, que ponga en valor los saberes y las estrategias habitualmente invisibilizados o silenciados, como los movimientos sociales, las comunidades indígenas o cualquier actor que se encuentre habitualmente en los márgenes de un sistema que solo acepta las aportaciones de las voces poderosas. Las «epistemologías del Sur», como señala Boaventura de Sousa Santos, son un lugar ineludible que el nuevo multilateralismo debe escuchar, incor-

porar e integrar en su forma de construir y articular soluciones e instrumentos internacionales.

Proteger los bienes públicos y comunes globales

Inge Kaul y Elinor Ostrom han sido dos de las autoras que más han popularizado dos conceptos que se erigen como centrales tras el advenimiento de la crisis. Kaul impulsó la idea de *bienes públicos globales* para referirse, más o menos, a aquellos bienes que pueden considerarse como logros o beneficios que la humanidad ha conseguido, como la educación o la erradicación de una enfermedad. Ostrom, por su parte, ha sido esencial en la discusión sobre los llamados *bienes comunes globales*, que aluden a aquellos recursos finitos o espacios naturales que no pertenecen a ningún Estado o actor en concreto, y que deben ser disfrutados por el conjunto de la humanidad y por las generaciones venideras, como ahora los bancos de pesca, los océanos o, simplemente, el aire que respiramos.

La historia de las últimas décadas confronta el intento de apuntalar la defensa de todos estos bienes con un sistema que precisamente aspira a mercantilizar y privatizar muchos de ellos. La pandemia pone de manifiesto la importancia de visibilizarlos y de convertirlos en la piedra angular de cualquier contrato social de futuro. Su protección y su universalización ayudarían a vislumbrar un horizonte en el que la vida, los cuidados, la interdependencia y la idea de bien común, en definitiva, se situaran en el centro.

4. HACIA UN NUEVO «CONTRATO SOCIAL»

Cuando pase esta pandemia, la tentación parece evidente: volver a hacer lo que hacíamos como si nada hubiera pasado. Es verdad que ya no seremos los mismos y que el impacto no solo socioeconómico y político, sino también psicológico y sociológico de esta crisis es todavía difícil de calibrar. Pero la tentación de hacer lo que hacíamos, a pesar de las múltiples advertencias científicas y a pesar de esta experiencia en primera persona en el Norte global de lo que ha supuesto vivir a la intemperie, es enorme. El profesor emérito del Instituto de Ciencias Políticas en París, Bertrand Badie, afirmaba así: «Restauraremos el viejo orden porque no disponemos de más soluciones».⁴⁶

Ese fatalismo trágico lo refleja también Slavoj Žižek en su ensayo *Pandemia*, cuando plantea que la encrucijada solo nos deja una salida: un comunismo internacionalista adaptado al siglo XXI o la barbarie. Para el filósofo esloveno, el resultado más probable, sin embargo, será que acabará imponiéndose un nuevo capitalismo salvaje: «[...] Muchas personas débiles y ancianas serán sacrificadas y se las dejará morir; el control digital de nuestras vidas será ya algo permanente; las distinciones de clase serán cada vez más una cuestión

de vida o muerte».⁴⁷ Nada de lo que dice Žižek parece descabellado, porque la propia pandemia ya ha puesto de relieve muchas de estas dinámicas. Pero sí llama la atención la gravedad y el fatalismo con que numerosas voces nos invitan a pensar el futuro desde la plasmación más cruda de todas nuestras distopías.

Pensar hoy en clave de esperanza se ha convertido en una actitud ingenua, incluso para aquellos que viven la vida desde una perspectiva profundamente religiosa. La «espeleología de la

esperanza» a la que aludíamos al inicio sugiere, precisamente, la voluntad de pensar y construir alternativas yendo a contracorriente en medio de toda una ola de nihilismo social que niega cualquier capacidad humana de contraponerse a las dificultades del momento.

4.1. Escenarios pospandémicos

La literatura surgida en medio de la pandemia ha coincidido en establecer tres posibles escenarios para el mundo pos-COVID-19. El primero es el del repliegue y retroceso democrático, al que hacía referencia Žižek. Un escenario en el que las diferentes derivas (creciente desigualdad, autoritarismo, efectos de la crisis climática...) que estábamos experimentando antes de la llegada de la pandemia se agudizarían hasta el extremo de configurar un escenario verdaderamente terrible. Esa realidad podemos ya intuir en la actualidad, cuando empezamos a observar sus primeros síntomas. En la mayoría de los estamentos políticos son conscientes de que la perpetuación de esas derivas reforzaría la «vía securitaria» como forma de contención de sus efectos y generaría un escenario de enorme inestabilidad y tensión en todo el mundo. Es un mundo invivible, profundamente darwinista, y totalmente insostenible. Hoy disponemos de las evidencias y de la experiencia social para evitar que ese sea el camino, si bien nos falta el compromiso político para dejar de seguir ahondando en la dinámica tan peligrosa en la que estamos.

Un segundo escenario es el que podríamos denominar *lampedusiano*, aludiendo a la famosa frase de la nove-

la *Il Gattopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa de «cambiar todo para que nada cambie». En este escenario –a mi modo de ver, el más probable de los tres, sobre todo en Europa–, las autoridades políticas plantean una estrategia de cambios profundos, a distintos niveles, para afrontar los diferentes retos que tenemos por delante. En esta opción, señala el filósofo Amador Fernández-Savater cuando realiza este mismo ejercicio prospectivo, se combinan los derechos sociales y las medidas sanitarias con un marco que no se toca, un límite absoluto, lo que en sí mismo es una contradicción, porque para que se produzcan cambios sustanciales ese marco debe replantearse.⁴⁸ Este segundo escenario plantea una gestión de los efectos de una dinámica inexorable, la del cambio climático o la de la actual revolución digital en el plano laboral, pero evita un debate verdaderamente transformador.

El tercer escenario es el de la respuesta emancipadora y el de construir alternativas que enfrenten de forma directa la magnitud de los retos que tenemos por delante. Es un escenario casi revolucionario, no solo en lo político, sino también en lo social y en lo cultural, que se plantea qué es necesario para emprender, a diversas generaciones vista, un verdadero proceso de transformación de nuestra organización económica, desde una perspectiva que tiene profundamente en cuenta la condición de ecodependencia. Es el escenario poscapitalista de una economía que respeta los límites y que pone la vida y los cuidados en el centro.

En este interludio en el que nos encontramos, afectado enormemente por las experiencias de la pandemia, dos

elementos se erigen como especialmente relevantes para avanzar hacia el tercer escenario, que es el más difícil de todos. En primer lugar, abanderar la idea de *contrato social*, en tanto que nos permite visualizar la ruptura de un contrato previo (el de la cohesión social), al menos en Europa, y disponer de un marco para pensar y reflexionar sobre las condiciones que cualquier proyecto de convivencia debería tener en las próximas décadas. Segundo, visualizar el papel fundamental que el altermundialismo, como movimiento social de carácter global, ha tenido, tiene y puede tener en la configuración de ese contrato.

4.2. Condiciones para un nuevo contrato social

La idea de alumbrar un «nuevo contrato social» está en boca de todos. Desde el actual secretario general de las Naciones Unidas, António Guterres, hasta la flamante presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, pasando por diversos académicos críticos, han apelado a la necesidad de repensar las coordenadas políticas, económicas y sociales que como sociedades del siglo XXI debemos darnos, reconociendo así, al menos en el mundo occidental, el agotamiento de un modelo que está ahora mismo en llamas.

Son muy vagas todavía las propuestas que quieren resignificar y dotar de contenido a esa idea de contrato, que se asume que debe ser multinivel (local, estatal, regional, global) y en cuya configuración y despliegue deben tener protagonismo diversos actores. Seguramente, los dos marcos que se

aproximan más a la idea de «contrato social» de naturaleza global son, en primer lugar, el llamado *New Green Deal* (NGD), que aparece sobre todo en Estados Unidos de la mano de una voz política de gran relieve como es la joven congresista demócrata Alexandra Ocasio Cortez, y que en otros lugares ha tenido otras acepciones (y también sustanciales diferencias en su contenido) como la de «transición ecológica», en el caso español. Un segundo marco es el de la Agenda 2030, que las Naciones Unidas aprobaron en septiembre de 2015 y que unos meses después (enero del 2016) lanzaron con un total de diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) que aspiran a abordar los principales problemas globales. Aunque con diferencias, ambos se establecen hoy como conversaciones ya operativas respecto a qué hacer y cómo realizarlo.

El NGD es hoy un campo abierto de disputa entre dos versiones de esa necesaria transición productiva y ecológica en marcha, una más *soft* y otra mucho más ambiciosa y alternativa. De la mano de reputados autores como el asesor político y ensayista Jeremy Rifkin, el NGD es una propuesta basada en lo que denomina «capitalismo distributivo o social», que aspira a acometer un impulso de las infraestructuras verdes en el que la propiedad queda sustituida por el acceso y la transacción de bienes, por un flujo constante de servicios. Todo con un coste marginal que roza el cero. En una línea similar se sitúa el llamado *Pacto Verde* de la Comisión Europea, que establece un plan de acción para impulsar un uso eficiente de los recursos mediante el paso a una economía limpia y circular,

y restaurar la biodiversidad y reducir la contaminación.

La propuesta más ambiciosa, que viene de la mano de movimientos sociales y de una izquierda más alternativa, plantea una transformación económica urgente en torno a una serie de sectores estratégicos como la transición energética y la descarbonización de la economía, la reconstrucción de sistemas alimentarios inspirados en principios agroecológicos, la reordenación de la movilidad y el transporte, la renaturalización y los procesos de resalvajización, los cuidados y la reproducción social, así como la reorganización del sistema educativo o del sistema fiscal.⁴⁹

Desigualdad, erosión
democrática y ecocidio son
los pilares de esa realidad
transnacional problemática
que hay que transformar.

Si el NGD hunde sus planteamientos en la necesidad de una transición productiva y económica, la Agenda 2030, y sus diecisiete ODS, son el sucedáneo de la Agenda del Milenio (ODM) que estuvo en vigor entre 2000 y 2015, con una importante diferencia. Mientras que los ODM eran una propuesta casi del Norte para el Sur, fundamentalmente basada en la erradicación de la pobreza y con poca participación de actores sociales y políticos del Sur global, los ODS reconocen ya una serie de problemas transnacionales, que afectan por igual cualquier latitud, y en cuya elaboración se tuvie-

ron mucho más en cuenta las voces de países, ONG, empresas o movimientos sociales de diversos lugares del planeta. Los ODS contemplan centenares de medidas e indicadores para evaluar el avance en los diferentes sectores e inciden en la mayoría de los problemas globales planteados. Su despliegue y sistematización desde su puesta en marcha ha sido notable, si bien dependen enormemente de los recursos disponibles y de la voluntad y compromiso de los principales actores estatales y no estatales, en un contexto —no olvidemos— de cuenta atrás ecológica.

Estos dos marcos de fondo significan que el callejón sin salida no es tal y que hay propuestas de calado en marcha, más o menos ambiciosas y con más o menos capacidad para cambiar las cosas en el medio y largo plazo. Sea como fuere, en la configuración de ese contrato social no debemos olvidar que los tres problemas principales que se nos plantean globalmente tienen que ver con esas tres crisis a las que hacemos referencia: la social, la política y la ecológica. Así, desigualdad, erosión democrática y ecocidio son los pilares de esa realidad transnacional problemática que hay que transformar, derivando, por lo tanto, en tres condiciones que todo contrato social debería contemplar: la del reparto de la riqueza y de los cuidados; la del control político y democrático de los actores financieros, y la de determinar unos parámetros que establezcan una nueva relación con el planeta. Tanto la versión más ambiciosa del NGD como los ODS nos ofrecen ideas relevantes para ir pensando, desde lo local, regional y global, la articulación de ese horizonte político, social y económico hacia el que caminar.

4.3. Reconectar el altermundialismo

Los principales actores globales, desde el G20, hasta las Naciones Unidas, pasando por el Foro Económico Mundial que se reúne anualmente en la ciudad suiza de Davos, son plenamente conscientes de los problemas que hemos analizado. Lo son porque sus propios informes plantean las mismas inquietudes e incertidumbres, si bien ofrecen respuestas sustancialmente divergentes, en función de sus visiones e intereses. Si las Naciones Unidas apelan a un mayor multilateralismo y cooperación internacional (hoy en día preocupantemente estéril para la envergadura de los problemas) o el G20 insiste en el crecimiento económico como base de toda recuperación social y económica, Davos mantiene su estrategia mercantilizadora, que pone a las personas y los bienes comunes al servicio del mercado, en una versión neoliberal sensibilizada –por lo que significa para los actores de ese mercantilismo global– con los problemas y sobre todo con las repercusiones de estos (protestas, inestabilidad política, populismos...), pero incapaz de percibir su *modus operandi* como parte esencial del problema.

En esa conversación entre actores globales, los movimientos sociales son fundamentales, como lo han sido en cualquier proceso de cambio y transformación social a lo largo de la historia. En este sentido, el final de la década de los noventa vio alumbrar un movimiento social de carácter global que impugnaba directamente los efectos de la globalización neoliberal y abrazaba la idea de que, ante el mantra del «No hay alternativa», cabía insistir

en la necesidad de que «Otro mundo es posible». El altermundialismo, articulado posteriormente en el Foro Social Mundial, fue un actor fundamental en sus primeros compases, al contraponerse al «sentido común» neoliberal. Con el paso de los años, las divisiones internas por visiones distintas, y en medio de un contexto desbordante y convulso, el altermundialismo ha ido perdiendo fuerza y capacidad de visibilizarse como ese sujeto político capaz de ser un verdadero contrapoder al sistema hegemónico actual.

Alumbrar una nueva forma
de organizarnos política
y socialmente necesita
de un altermundialismo
que reconecte sus diversas
almas y protestas.

No obstante, los movimientos sociales altermundialistas sí han ayudado a despertar una conciencia social mucho más crítica, que ha ido germinando en pequeñas (y no tan pequeñas) iniciativas sociales, en una y otra parte del planeta. Existe hoy un *humus*, embadurnado de malestar social y de precariedad, que permite pensar que el altermundialismo sigue siendo un actor potencialmente significativo en la articulación de propuestas. Asimismo, la nueva ola de protestas, protagonizada por movimientos feministas, antirracistas y ecologistas, pone de relieve la existencia de una generación muy joven que experimenta en carne viva la precariedad, la exclusión y la incertidumbre, y que se está repolitizando y orga-

nizando en torno a la coyuntura actual de múltiples crisis. La tensión clásica instituciones-movimientos sociales es hoy más importante que nunca. Alumbrar una nueva forma de organizarnos política y socialmente necesita de un altermundialismo que reconecte sus diversas alas y protestas, y que empuje hacia una versión del cambio ambiciosa y verdaderamente transformadora, haciendo bueno aquello del activista y político francés Daniel Cohn-Bendit de

que «para que haya reformistas de éxito es necesario que haya revolucionarios frustrados». Y es que los movimientos sociales no son solo fundamentales en la articulación de una agenda determinada y en su capacidad de presionar al ámbito político para tomar decisiones audaces. Su actividad, hoy e históricamente, puede ser crucial en la configuración de una cultura de la sobriedad y los cuidados que ponga la idea de lo común en el centro.

5. CONCLUSIONES

«No queremos volver a la normalidad, porque la normalidad es el problema», gritaba una pared en una de las principales ciudades españolas. O, dicho de otro modo, ¿cuánta desigualdad, precariedad y falta de horizontes vitales soporta nuestra democracia?, ¿cuánto hiperconsumo tolera nuestro planeta?, ¿qué coste político, social o económico tiene el no hacer nada y qué coste tiene el ponerse manos a la obra?

El principal reto que tenemos por delante es el de empujar decisiones políticas audaces que desafortunadamente tienden al cortoplacismo como modo de vida, así como el de convertir el miedo y el desasosiego en un proyecto colectivo transformador e ilusionante. La pandemia ha tenido un *shock* enorme, a múltiples niveles, pero ha dejado un importante valor añadido al que no debemos renunciar: la resiliencia, la capacidad de adaptarse a lo imprevisto partiendo de unas condiciones previas determinadas. La crisis abre la ventana también a ese «minuto de lucidez», a la toma de conciencia social y política para emprender todos los cambios que necesitamos, cambios que también dependen de un urgente tránsito del yo al nosotros, en un mundo –hemos insisti-

do– profundamente interdependiente y ecodependiente.

El *shock* pandémico pone de relieve lo que el filósofo senegalés Felwine Sarr afirmaba en una entrevista durante la pandemia: «Soy de los que piensa que las cosas tienen que cambiar. Si continuaremos como antes o no, no lo sé. Pero puedo decir qué deseo y en qué sentido trabajaré. Yo pondré mi pequeña energía en mis espacios para que el mundo cambie. La gente que quiere que el mundo cambie no debe pararse solo a querer quererlo, debe reflexionar sobre qué acciones hay que tomar para que esto suceda. Tenemos todos los elementos para hacer una acción, y la gran lección a extraer es que este es un gran momento para actuar para que el mundo cambie».⁵⁰

1. Este cuaderno se concibió a partir de la invitación a dos sesiones virtuales organizadas en pleno confinamiento por la Pastoral de la Fundació Blanquerna (mayo 2020) y por el Centre Passatge de la Institución Teresiana en Barcelona (junio 2020) para analizar el impacto, los desafíos y los elementos de fondo de la pandemia. Ambos foros fueron de enorme utilidad para ordenar ideas, compartir desasosiegos y vislumbrar conjuntamente algunas esperanzas.
2. «El Papa Francisco imparte una bendición ‘Urbi et Orbi’ extraordinaria en una plaza de San Pedro vacía: “Estamos todos en la misma barca”», *El Mundo*, 27 de marzo de 2020.
3. KRASTEV, Ivan (2020). *¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo*. Barcelona: Debate, p. 10.
4. INNERARITY, Daniel (2020). *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, p. 25.
5. «La pandemia aumenta la brecha de género y empujará a 47 millones de mujeres más a la extrema pobreza en 2021, según la ONU», *Eldiario.es*, 2 de septiembre de 2020.
6. Véase «Prólogo» de Yayo Herrero, a PADILLA, Javier i GULLÓN, Pedro (2020). *Epidemiocracia. Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo*. Madrid: Capitán Swing, p. 10.
7. Entrevista a Judith Butler: «Sólo reconocemos ciertas vidas como humanas y reales», *El Mundo*, 8 de junio de 2010.
8. INNERARITY, Daniel (2020). *Op. cit.*, p. 118.
9. GARCÉS, Marina (2017). *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Nuevos Cuadernos Anagrama.
10. «Prólogo» de Yayo Herrero, en PADILLA, Javier y GULLÓN, Pedro (2020). *Op. cit.*, p. 11.
11. MOORE, Jason W. (2018). «¿Capitaloceno? Más bien ‘Capitaloceno’». *Revista Sin Permiso*, 14 de junio de 2018.
12. «Prólogo» de Yayo Herrero, en PADILLA, Javier y GULLÓN, Pedro (2020). *Op. cit.*, p. 8.
13. PADILLA, Javier y GULLÓN, Pedro (2020). *Epidemiocracia. Nadie está a salvo si no estamos todos a salvo*. Madrid: Capitán Swing, p. 61.
14. DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: TNI/CLACSO.
15. INNERARITY, Daniel (2020). *Op. cit.*, p. 42.
16. «Estamos en un estado de divorcio entre el poder y la política». *ElDiario.es*, 14 de febrero de 2014.
17. BECK, Ulrich (1991). *La irresponsabilidad organizada*. Barcelona: Debats.
18. HELD, David, HALE, Thomas y YOUNG, Kevin (2013). *Gridlock: Why Global Cooperation is Failing when We Need It Most*. London: Polity.
19. SANAHUJA, José Antonio (2017). «Posglobalización y ascenso de la extrema derecha: crisis de hegemonía y riesgos sistémicos», en MESA, Manuela (coord.). *Seguridad internacional y democracia: guerras, militarización y fronteras. Anuario 2016-2017*. Madrid: CEIPAZ/ Fundación Cultura de Paz, pp. 41-78.
20. GUILLUY, Christophe (2019). *No Society. El fin de la clase media occidental*. Madrid: Taurus.
21. STANDING, Guy (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Madrid: Pasado y presente.
22. FRASER, Nancy (2020). «Las contradicciones del capital y de los cuidados», *Ctxt. Contexto y acción*.
23. LATOUR, Bruno (2020). «¿Estamos en un ensayo general?». *Climaterra.org*.
24. «Carta encíclica *Laudato si’* del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común» (nº. 194).
25. FRASER, Nancy (2020). *Op. cit.*
26. Carta encíclica *Laudato si’* (nº. 111).
27. El concepto de *encrucijada* o *coyuntura crítica* (del inglés, *critical juncture*) se refiere a situaciones de incertidumbre en las que las

- decisiones de agentes importantes son causalmente decisivas para seleccionar un camino de desarrollo institucional sobre otros caminos posibles.
28. Así lo indican los principales indicadores elaborados por medios de comunicación y centros de investigación como *The Economist* o el Freedom House.
 29. «Las 26 personas más ricas del mundo tienen la misma riqueza que los 3.800 millones de personas más pobres», *ABC*, 21 de enero de 2019.
 30. KRASTEV, Ivan. (2020). *Op. cit.*, p. 87.
 31. «Coronavirus: “Nature is sending us a message”, says UN environment chief», *The Guardian*, 27 de marzo de 2020.
 32. MUJICA, Pepe (2020). «Una advertencia a los ‘sapiens’», *El País*, mayo.
 33. INNERARITY, Daniel (2020). *Op. cit.*, p. 35.
 34. PADILLA, Javier y GULLÓN, Pedro (2020). *Op. cit.*, p. 33.
 35. Entrevista Henry Giroux: «El virus pone de manifiesto la quiebra del proyecto ideológico del neoliberalismo», *La Marea*, 20 de mayo de 2020.
 36. «Macron ordena el cierre de guarderías, colegios y universidades “hasta nueva orden”», *El País*, 13 de marzo de 2020.
 37. La «huella ecológica» mide la superficie necesaria (calculada en hectáreas) para producir los recursos consumidos por un ciudadano, una actividad, país, ciudad o región, etc., así como la necesaria para absorber los residuos que genera, independientemente de donde estén localizadas estas áreas.
 38. Entrevista a Marina Garcés: «El control social será uno de los grandes ganadores de la pandemia», *La Marea*, 3 de abril de 2020.
 39. HARARI, Yuval Noah (2016). *Homo Deus. Breve historia del mañana*. Madrid: Debate.
 40. ESQUIROL, Josep Maria (2015). *La resistencia íntima. Ensayo de una filosofía de la proximidad*. Madrid: El Acantilado.
 41. Entrevista a Judith Butler: «Ninguno de nosotros reparará el mundo solo», *Diari Ara*, 8 de junio de 2020.
 42. KRASTEV, Ivan (2020). *Op. cit.*, p. 55.
 43. En términos generales, en relaciones internacionales la idea de «securitización» hace referencia a cómo un fenómeno social o político (migraciones...), acaba construyéndose discursivamente como una «amenaza». Esta construcción discursiva, a partir del lenguaje, legítima y desencadena la puesta en marcha de estrategias o de medidas «excepcionales» que responden a esta «amenaza» con instrumentos militares o de seguridad tradicional.
 44. AGAMBEN, Giorgio (2020). «La invención de una epidemia», *Quodlibet*.
 45. GARCÉS, Blanca (2020). «La frontera descarrada», *Diari Ara*, 21 de agosto de 2020.
 46. BASSETS, Marc (2020). «Un virus sin fronteras que reactiva el poder del Estado», *El País*, 22 de marzo 2020.
 47. ŽIŽEK, Slavoj (2020). *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Nuevos Cuadernos de Anagrama, p. 135.
 48. Coloquio con Amador Fernández-Savater filósofo y escritor: «Habitar y gobernar la incertidumbre. Reflexionar en común en tiempos confusos». Espacio La Atenea. Madrid, 15 de julio de 2020.
 49. Véase «Green New Deal: solucionar problemas y problematizar soluciones», *ElDiario.es*, 15 de julio de 2019.
 50. Entrevista a Felwine Sarr: «A qui encara no havia après a estar amb si mateix, aquesta crisi l’hi ha obligat», *Vilaweb.cat*, 5 de mayo de 2020.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Cuáles son, a tu modo de ver, los principales impactos de la pandemia, a nivel social, político, psicológico...? ¿Qué aspectos de nuestra sociedad crees que la pandemia ha puesto en valor y cuáles ha dejado al descubierto?
2. ¿Qué aspectos que caracterizan la «transición paradigmática» a la que alude el autor crees que son más relevantes y cuáles podrían complementar esa radiografía?
3. ¿Estás de acuerdo con la afirmación del cuaderno de que la pandemia tiene un «potencial pedagógico» y nos ofrece un «minuto de lucidez» que podremos y sabremos aprovechar? ¿Por qué?
4. El cuaderno hace referencia a cinco grandes aprendizajes que el «*shock* pandémico» nos deja. ¿Cuáles te parecen más significativos? ¿Cuáles añadirías?
5. La idea de (re)construir un «contrato social» con el papel fundamental del altermundialismo global se plantea como uno de los elementos centrales en la superación de la actual coyuntura: ¿crees que es viable en el contexto de urgencias que atravesamos? ¿Por qué?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Agrupa un equipo de voluntariado intelectual que tiene por objetivo promover la reflexión social y teológica para contribuir a la transformación de las estructuras sociales y eclesiales. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús.

Los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)** presentan reflexiones de los seminarios del equipo del centro y trabajos de sus miembros y colaboradores. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/cuadernos

Últimos títulos:

214. J. CARRERA, Vivir con menos para vivir mejor; 215. SEMINARIO TEOLÓGICO DE CJ, Dios en tiempos líquidos; 216. G. CASASNOVAS (ED.), Mercancías ficticias; 217. G. BILBAO, I. SÁEZ, Por una (contra)cultura de la reconciliación; 218. V. CODINA, ¿Ser cristiano en Europa?; 219. J. LAGUNA, Vulnerables; 220. P. FARRÁS, ¿Por qué Haití?; 221. O. MATEOS, El *shock* pandémico

La **Colección Virtual** está formada por cuadernos que, por su extensión, formato o estilo, no hemos editado en papel pero que tienen el mismo rigor, sentido y misión que los **Cuadernos Cristianisme i Justícia (CJ)**. Pueden descargarlos en: www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Últimos títulos:

17. J. VITORIA, En las víctimas está Dios reconciliando el mundo; 18. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Capital e ideología. Selección de textos; 19. J. CARRERA, Covid-19: Más allá de la pandemia; 20. V. CODINA, Mi experiencia del Sínodo para la Amazonía

N. 221
Enero 2021

cijusticia 

cijusticia 

cristianismeijusticia 

Cristianisme i Justícia 

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13

08010 Barcelona

T. 93 317 23 38

info@fespinal.com

www.cristianismoyjusticia.net